

Del movimiento urbano popular al movimiento ciudadano¹

Sergio Tamayo

LA ARGUMENTACIÓN DE ESTE ARTÍCULO es doble: la primera es la hipótesis de que un nuevo sujeto social, el *ciudadano*, está constituyéndose en México, el cual se sustenta en consideraciones tanto de tipo estructural como de condiciones históricas precisas. La segunda establece que una manera de explicar los cambios en la naturaleza de los movimientos sociales mediante la comprensión de la práctica de *ciudadanía* analizada en toda su riqueza sociológica y hermenéutica.

Esta doble argumentación coincide en términos, pero para efectos analíticos son en realidad dos conceptos diferenciados. La *ciudadanización* de las prácticas sociales en México es un fenómeno aún por explicar, como se espera mostrar en este artículo; mientras que la perspectiva de la *teoría de la ciudadanía* es usada únicamente como una herramienta metodológica para analizar históricamente los ciclos de los movimientos sociales y las transformaciones en la cultura política de la sociedad civil y de su relación con el Estado, independientemente de las características que asuman determinados sujetos sociales en ciertos momentos de la historia.

Por sujeto social entiendo una entidad colectiva que se construye en un tiempo y espacio específicos, y *que por lo tanto es transitoria* (Alberoni, 1984), que activa sus facultades de flexibilidad, reinterpretación y capacidad de decidir,² constituyéndose así en un agente, o actor colec-

¹ Agradezco a Jorge Durand, organizador del Seminario Internacional "Movimientos sociales: desafíos y metodologías", llevado a cabo en la Universidad de Guadalajara, en noviembre de 1996, y a Juan Manuel Ramírez Sáiz la posibilidad de intercambiar con otros investigadores puntos de vista académicos que fueron para mí muy refrescantes y esclarecedores, con los cuales fue posible hacer modificaciones pertinentes a este trabajo.

² Anthony Giddens, citado por Durand (1992).

tivo, que realiza una acción expresada en un campo o ámbito de conflicto tendiente a controlarlo o transformarlo.³ Por lo tanto, cuando me refiero al ciudadano como sujeto, lo entiendo como construcción colectiva y como movimiento social. Por su parte, defino a la ciudadanía como derechos y atributos de los individuos o de actores sociales, que se modifican histórica y culturalmente por medio de conflictos de intereses en un territorio delimitado. El hecho relevante es entender ciudadanía también como construcción social, por lo que el concepto preciso debiera ser *práctica de ciudadanía*, expresando los cambios históricos en el ejercicio de derechos y atributos o en su expansión y reducción, mediante la participación y la lucha social (Turner, 1990; Barbalet, 1988; Roberts, 1995; Tamayo, 1996a y 1996b).

En este artículo se pretende documentar los cambios en la naturaleza del movimiento social urbano,⁴ de lo pensado y percibido por este

³ En este trabajo, se concibe al sujeto como movimiento social, y no en la definición individualista del Ser que ata su esencia individual en oposición al objeto. Por el contrario, el sujeto y el objeto están íntimamente ligados. El sujeto piensa y siente, pero exterioriza su pensamiento en acciones que se producen por la interacción social y en relación con el objeto. Asimismo, el concepto de sujeto está intrínsecamente asociado al término de actor, como algunos investigadores lo han formulado (Touraine, 1988 y 1994; Ramírez Sáiz, 1995; Durand, 1992). Un actor puede entenderse como protagonista o personaje principal que se mueve en una escena o campo de acción establecido. El actor realiza un papel(es) específico(s), que le determina(n) un proceder, una intervención, un ejercicio, una conducta o un comportamiento, pero siempre vinculado al rol desempeñado. Los papeles son funciones sociales que se acomodan en la lógica del sistema social, por eso se ha entendido que el término actor limita la constitución del protagonista a su carácter objetivo, como si definiéramos a la clase obrera como clase en sí. La diferencia es que el sujeto es la conversión del individuo (como conciencia narcisista) y del actor (como protagonista funcional de un sistema ordenado), que los inserta en una acción colectiva, plena de conciencia y de sentido, que lo lleva a transformar ese campo de acción, o esa historicidad. Es como el paso de la clase *en sí* a la clase *para sí*, pero como proceso, como conjunción de experiencias, de interacción y prácticas culturales (Przeworski, 1985; Katznelson, 1986).

⁴ *Del* movimiento urbano popular y *del* movimiento ciudadano, no de *los* movimientos, rescatando la amplia definición de movimiento social tanto de Tilly como de Touraine. En su explicación negativa, el movimiento *no* es un grupo y por lo tanto *no* debe identificarse con una sola *organización* social. Un movimiento es un sujeto (Touraine, 1988), una forma completa de acción que se constituye como *proceso* (Tilly, 1995) y una agrupación de opiniones y creencias de una población que muestra ciertas preferencias para modificar algunos elementos de la estructura social (McCarthy y Zald, *cf.* Curtis y Aguirre, 1993) y que generalmente es transitorio (Alberoni, 1984). Lo anterior, sin embargo, no obsta para restarle importancia a las organizaciones del movimiento social, pero deben diferenciarse analíticamente. En ese sentido, adopto la tipología de McCarthy y Zald (Curtis y Aguirre, 1993) que hace distinción entre *movimiento social* (ms), un *sector* del movimiento social (sms), una *industria* del movimiento social (ims) y, finalmente, las *organizaciones* del movimiento social (oms). Para el

sujeto durante un periodo de transición, que se inicia en 1968 y concluye en una nueva época a partir de 1988; este movimiento que pasó de identificarse con una clase, la del proletariado, y que ha llegado a reconocerse con un sujeto, el ciudadano, cuya expresión colectiva concreta está aún por determinarse en los actuales tiempos de globalización.

Para introducir este tema y contextualizarlo de alguna manera, rescato la idea de Alain Touraine cuando afirma que el tránsito hacia la globalización ha terminado. Lo que vivimos hoy en día es la plenitud de la posmodernidad, el desmoronamiento de la fuerza política y cultural del Estado-nación, el predominio de la electrónica en la reestructuración industrial, la importancia de los medios de comunicación en la identificación de los símbolos culturales, la paulatina desintegración de las utopías modernizadoras como el nacionalismo o el socialismo, y el fortalecimiento de identidades restringidas de corte étnico y territorial. Observamos el desplazamiento del movimiento obrero como protagonista fundamental del cambio social, por otros actores sociales identificados más como ciudadanos que como clase. Experimentamos un mundo que se ha transformado y presenta características distintas a las manifestadas en el periodo de la modernidad y de la sociedad industrial.

Una de estas diferencias es la forma cómo los movimientos sociales han modificado las interpretaciones de sí mismos, que refleja claramente las determinaciones estructurales y las condiciones históricas de esta transformación. El movimiento urbano que se manifestó durante las décadas setenta y ochenta fue experimentando profundos cambios hasta convertirse en un movimiento ciudadano que está participando socialmente y exige la ampliación de derechos sociales, políticos y civiles para los habitantes de las ciudades. El movimiento urbano popular fue la expresión del tránsito hacia la globalización; el movimiento ciudadano, resultado de aquél, es la presencia plena de la globalización.⁵

objeto de este trabajo, el concepto utilizado es el de movimiento social en su acepción más amplia.

⁵ Cuando me refiero al movimiento urbano popular, es principalmente a las organizaciones que conformaron la Coordinación Nacional del Movimiento Urbano Popular (Conamup) a finales de los setenta y el primer lustro de los ochenta, así como las múltiples organizaciones sociales que se desarrollaron al margen de ella, esto es, en conjunto: CDP de Chihuahua y Durango, Frente Popular de Monterrey y Zacatecas, el MUP de Guerrero, la Unión de Colonias Populares, el Bloque Popular Revolucionario, Colonia San Miguel Teotongo, Colonia Guerrero, Colonia Doctores y la CUD (Coordinadora Única de Damnificados), entre muchas otras. Con el tiempo, el término ciudadano, o expresiones relativas, se ha venido usando como calificativo de muchas organizaciones tales como Movimiento Ciudadano, Acción Ciudadana, Acción Cívica, etc., pero además las mismas organizaciones sociales, tanto de nueva conformación como

Touraine tiene razón cuando dice que debemos entender el momento reciente ya no como transición sino como resultado institucional de la transición. Pero lo importante es cómo explicar la situación actual que se ha generado a partir del periodo anterior, porque la forma en que se han reacomodado los actores sociales, el Estado, los movimientos sociales, los grupos empresariales, los trabajadores, además del curso político y económico, contrasta y depende de las condiciones en que se expresaron y resolvieron los conflictos entre 1968 y 1988.

Hoy, la participación de la sociedad civil, se incrementa sistemáticamente y ha cambiado cuantitativa y cualitativamente. Sólo en la ciudad de México, durante 1994, ocurrieron en promedio 82 manifestaciones públicas por mes, de las cuales 25 se dirigieron al gobierno capitalino. Las restantes fueron, por orden de importancia, conflictos laborales, manifestaciones políticas, movilizaciones campesinas, estudiantiles, sindicales y religiosas, además de 115 bloqueos de calles y avenidas, así como tomas de edificios públicos.⁶

Los principales partidos políticos del país, tanto como autoridades de gobierno, han coincidido en señalar que el México urbano es más diverso, plural, con un número mayor de fuerzas sociales que participan y ejercen sus derechos, lo que les ha obligado a conciliar sus plataformas políticas con la heterogeneidad de la población para que correspondan a las nuevas aspiraciones de los individuos desde su experiencia cotidiana. Para aquellos partidos clasistas, la participación electoral que surgió a partir de la reforma de 1977 ha hecho disociar el nexo natural entre clase y partido, tal como le sucedió al Partido Revolucionario Institucional, cuando dijo ser el heredero del gobierno posrevolucionario asumiéndose como representante de una sociedad moderna compuesta principalmente por dos clases protagonistas: el proletariado y la burguesía nacionalista. Lo cierto es que la participación electoral atrae otros sectores organizados por fuera de las clases y se refuerza la imagen de una sociedad que no tiene clases homogéneas ni hegemónicas, sino que es heterogénea y contiene diversas bases de identidad colectiva (Przeworski, 1985).

de aquellas cuyos orígenes se remontan a las décadas de los setenta y ochenta, han venido incorporando en sus discursos términos como *ciudadano*, en vez de obrero y proletario, y *movimiento ciudadano* como sinónimo de movimiento urbano popular; ejemplos de estas organizaciones son la Unión de Vecinos y Damnificados "19 de septiembre" (UVYD-19) de la colonia Roma, la Unión Popular Nueva Tenochtitlán (UPNT) del centro histórico, Asamblea de Barrios, el Barzón, etc., véase Sergio Tamayo, *The twenty Mexican Octobers: a study of citizenship and social movements*, 1994, tesis de doctorado, University of Texas at Austin.

⁶ Cf. el periódico *La Jornada*, viernes 21 de octubre de 1994.

No obstante esta imagen diluida de la lucha de clases, las elecciones expresan, también en forma contradictoria, una manifestación particular y concreta de esta lucha, porque la población toma posición política al reconocerse en el partido de su elección, el que a su vez representa una determinada posición de clase por medio de los principios que enarbola. En las elecciones presidenciales de 1988, por ejemplo, el movimiento nacionalista revolucionario,⁷ con el socialismo fundido en él, resultado de la experiencia social de la transición, obtuvo una contundente derrota electoral que redujo el impacto posterior que pudo haber ejercido sobre la política nacional de haber ganado la contienda. A pesar de ello, uno de los participantes de esta tendencia nacional, el Movimiento Urbano Popular (MUP), pudo mantener un cierto grado de fuerza y continuidad mediante *organizaciones frente* que aglutinaban a un importante número de organizaciones sociales, y atraía sectores populares identificados con los “desposeídos”. Lo esencial de este sector es que a pesar de sucesivas derrotas de tipo electoral mostró capacidad para preservar, aunque de manera desigual, influencia en la sociedad y peso político en la modificación de aspectos relativos a la legislación urbana. Actualmente, el movimiento urbano es parte de una enorme corriente ciudadana que se revuelca incómoda ante la impresionante debilidad y torpeza de las élites.

Para explicar las características del MUP, se abordarán dos ejes analíticos que irán entrelazándose a lo largo del artículo: *a)* se comparará la situación actual del movimiento con su situación y evolución en los últimos veinticinco años, de una manera que permita detectar los cambios sustanciales en su naturaleza; y *b)* se relacionarán sucesos representados por el movimiento con reflexiones teóricas acerca de la acción colectiva.

Si de entender la transformación en la naturaleza del movimiento social se trata, interesa entonces la referencia a cuatro principales cambios evidentes en esta transición: la autodefinición del movimiento como ciudadano y el relativo equilibrio en el ejercicio de los derechos, la dinámica del movimiento que muestra etapas diferenciadas por tipos de liderazgos e ideologías en su ciclo de desarrollo, las alianzas sociales y políticas y, finalmente, la relación con el Estado; estos cuatro aspectos son los que se destacarán a continuación:

⁷ Por movimiento nacionalista revolucionario me refiero al experimentado por el Frente Democrático Revolucionario que se formó con la corriente democrática de Cuauhtémoc Cárdenas y Porfirio Muñoz Ledo, aliados al PPS y PARM, así como a grupos de la izquierda como el MRP, Punto Crítico, PMS, OIR-LM, PRS, MAS, etc., y posteriormente se convirtiera en el Partido de la Revolución Democrática (PRD).

1. Un primer cambio tiene que ver no sólo en cómo algunos estudiosos del tema interpretamos a los movimientos, sino de qué manera éstos se van pensando, percibiendo y redefiniendo a sí mismos. Durante la década de los setenta y el primer lustro de los ochenta, los analistas se interesaron en justificar, por cualquier medio, la importancia social y política del Movimiento Urbano Popular. Había que explicar el origen de las revueltas, por qué surgían, de dónde provenía su base social, el carácter revolucionario de su lucha y sus perspectivas políticas, y en consecuencia, su forzada relación con el movimiento obrero y la lucha de clases. Prevalcieron los análisis del marxismo ortodoxo, muchos de ellos de tipo economicista que analizaron la ciudad para explicar las acciones colectivas derivadas de ella, o al contrario, pretendían explicar el movimiento social para describir la estructura urbana. La ciudad era consecuencia de las relaciones sociales de producción capitalista (Castells, 1978; Lojkine, 1977 y 1979; Topalov, 1979; Pradilla, 1984), y la población urbana que se sumaba al movimiento era considerada parte del ejército industrial de reserva, obreros desempleados temporalmente, subempleados que, aunque indirectamente, se relacionaban con los obreros en activo y constituían el conjunto del movimiento obrero (Alonso, 1980, 1986 y 1988; Moctezuma, 1983; Moctezuma y Navarro, 1980; Tamayo, 1989). El MUP era considerado, por su situación objetiva, parte esencial de la lucha de clases.

Los estudios sobre el MUP relacionaban casi siempre tres aspectos metodológicos: las causas objetivas de su surgimiento, sus formas de organización y la confrontación con un Estado que se definía clasista y represor. Estos elementos de análisis coincidieron con las temáticas que las organizaciones sociales debatían en los encuentros de la Coordinadora Nacional del Movimiento Urbano Popular (Conamup, 1983a, 1983b, 1983c, 1983d y s. f.), cuyas discusiones se daban en términos generales sobre lo siguiente: análisis de la situación actual (situación objetiva, problemas de vivienda, carencias estructurales en el capitalismo, etc.); intercambio de experiencias organizativas que las asociaciones venían adoptando (estructura interna, democracia directa, organigramas, constitución de asociaciones de carácter legal, etc.); y caracterización del Estado (definido como burgués, que delineaba así las políticas estatales de vivienda, servicios y equipamiento urbano, además del control social obtenido por medio de la represión).

Era una manera de reflexionar la dinámica interna del movimiento, que iba correspondiendo con los principales postulados de la *teoría de la movilización de recursos*, pero que los analistas nunca rescataron, tal vez por su desconocimiento o por considerarla de tipo estructural-funcionalista, contrapuesta al enfoque marxista prevaleciente en ese en-

tonces. La perspectiva de la movilización de recursos estudia la estructura de las organizaciones como expresión concreta de los movimientos y le preocupa, sobre todo, las causas objetivas de su surgimiento y declinación, a partir de las cuales se elabora una tipología de la acción. Los antecedentes de esta elaboración provienen de las primeras aproximaciones al estudio de los movimientos sociales de Neil Smelser, desde la década de los cincuenta, donde plantea la importancia de deslindar el análisis del comportamiento colectivo de las teorías conductistas, de las multitudes y de la psicología especulativa (Le Bond, 1977; Tarde, 1962 y 1969; Freud, s. f.; Tamayo, 1996a), porque éstas explican las causas de la acción mediante situaciones no comparables científicamente, como la imitación, simpatía, el contagio, la hipnosis, sugestión y neurosis. Clasificar la acción colectiva en sus formas elementales y en los tipos de comportamiento organizado fue importante para determinar sus causas y sobre todo los efectos en la organización social. Para entonces, las formas elementales se consideraban el miedo-pánico, el furor colectivo y el estallido hostil, mientras que las acciones colectivas organizadas eran los movimientos normativos (de reforma social) y valorativos (del tipo revolucionario) (Smelser, 1995; Ramírez, 1996). Más tarde, Melucci (1989) desarrolló análisis parecidos al diferenciar acción colectiva y movimiento social.

En un caso más circunscrito a la dinámica de los movimientos sociales, el enfoque de la movilización de recursos fue desarrollando métodos para el conocimiento de los diferentes medios que las organizaciones utilizan para alcanzar los fines previamente establecidos (Zald y McCarthy, 1987; McCarthy y Zald, *cf.* Curtis y Aguirre, 1993). Estos autores mencionan la organización interna, los componentes de la acción, las motivaciones de los participantes y cómo a partir de la combinación de estos constituyentes, en ciertas coyunturas políticas, los movimientos llegan o no a alcanzar sus objetivos. Por esta razón aquí se destaca a los movimientos como estructuras u organizaciones concretas,⁸ porque la acumulación de recursos (en dinero y en trabajo) necesita de formas específicas de organización. De ahí que los movimientos sociales se clasifiquen en sectores (SMS), industrias (MS) y organizaciones del movimiento social (OMS) (McCarthy y Zald, *cf.* Curtis y Aguirre, 1993). Para que una organización del movimiento social tenga éxito se

⁸ Es importante aclarar que no todos los estudios de la movilización de recursos analizan los movimientos como organizaciones, ya se observó que para Tilly, por ejemplo, el estudio de los movimientos sociales no puede reducirse al de las organizaciones. Un movimiento es una acción política, más que una simple y concreta forma organizativa.

necesita, principalmente, de apoyos externos y de una equilibrada relación costo-beneficio que los participantes del movimiento establezcan para motivar su decisión a participar, el grado de ésta o bien la búsqueda de otras posibilidades.

La movilización de recursos en sus elaboraciones recientes ha hecho hincapié en los aspectos de tipo simbólico, cultural, legal e ideológico con los cuales se analiza a los participantes, no únicamente como individuos que reaccionan a una causa objetiva, sino que se identifican con los contenidos de los discursos y plataformas políticas e ideológicas de las organizaciones del movimiento social. Este enfoque permite tanto observar las causas de la participación, como diferenciar los niveles de compromiso de unos y otros, así como responder a la pregunta de por qué unos participan en un tipo de organización y otros lo hacen en asociaciones distintas.

Los estudios hechos en América Latina durante los años setenta y ochenta se acercaron mucho a la teoría de la movilización de recursos por su objeto de estudio, aunque, sugiero, no profundizaron teóricamente en todos los aspectos que aquella sí prevé. El interés fue más bien en el aspecto organizativo y operativo; lo originaban los intelectuales orgánicos que al mismo tiempo eran académicos de las universidades, activistas y dirigentes de organizaciones sociales. Se tenía la necesidad de desarrollar una teoría cercana a la experiencia empírica.

Actualmente, el interés teórico ha cambiado. El movimiento social urbano se expresa y es reconocido ampliamente por la sociedad. Es altamente heterogéneo, como la misma población urbana a la que trata de influir. Se manifiesta por medio de movimientos políticos, de participación electoral y de convenciones nacionales junto a grupos autodenominados *mexicanistas* (que reivindican la nostalgia del pasado prehispánico), cristianos, ecuménicos, de mujeres, empleados, universitarios, estudiantes, jóvenes, indios, ecologistas, etc. Pero la diversidad desunifica. El movimiento obrero ha sido desplazado de la escena como sujeto fundamental porque el liberalismo no necesita de estos sectores sociales para apoyar sus políticas, necesita en cambio de las empresas transnacionales y del ciudadano, como individuo, en su acepción más occidental. Ya no se requiere convocar ni a la clase ni al pueblo como categoría nacional. La estructura actual del mercado laboral muestra una fuerte declinación del empleo en actividades secundarias, aumento en las terciarias (de comercio y servicios) y un alto índice de desempleo; la población está constituida por una importante clase media que demanda derechos ciudadanos, no necesariamente vinculados a reivindicaciones laborales. Debido a estos cambios estructurales, el sujeto social se ha venido transformando, ahora es el ciudadano, y no el obrero; obsérvese, si no, al movimien-

to urbano popular que fue modificando su percepción e interpretación de los factores de identidad de su base social, el lenguaje de su discurso y su caracterización del Estado. Hoy el movimiento urbano se autodefine como ciudadano, pero identificado con un componente profundamente popular, lo que cualifica su propia interpretación de ciudadanía.⁹ Pero lo que importa resaltar es que este término era impensable en los años setenta, porque el movimiento entonces era *revolucionario*, expresarse como ciudadano significaba tanto como ser *reaccionario* y *burgués*.

El contexto y los significados cambian, en ese entonces ciudadanía era un concepto que se asociaba a la sociología clásica, vinculada a las ideologías dominantes de las sociedades occidentalizadas, con la cual se justificaba la armonía social, el progreso y la modernidad. Ciudadanía era una forma de homogeneizar la pluralidad, sin contradicciones, sin lucha de clases y sin intereses antagónicos; por lo tanto, en los países del tercer mundo, donde se planteaba la agenda de la revolución y de los movimientos de liberación nacional, definir a los movimientos como ciudadanos era ubicarse en el deseo reaccionario de la inclusión, cuando lo que se pretendía era el rompimiento y la crisis revolucionaria.

Las transformaciones estructurales de la sociedad y la evolución teórica sobre la ciudadanía han rebasado el estrecho marco jurídico que la limitaba a ser un simple resultado del *contrato social*. Ahora se habla de ciudadanía —sea de tipo social, político, civil o cultural— como participación y como construcción social que se asume, reinventa y transforma (Van Gunsteren, 1978; Mann, 1987; Turner, 1990; Roberts, 1995; Tamayo, 1996a y 1996b). Es el resultado de complejas relaciones sociales que expanden los derechos y los ejercen conscientemente, por lo que su práctica y concepción se transforma por medio de la interacción social.

La identidad del ciudadano se orienta a romper el tradicional control del Estado sobre la sociedad civil. Por tal motivo, no debe extrañar entonces que al cambiar algunas características de las relaciones sociales, los actores sociales ya no se adecúan a la existencia de un estado benefactor, paternalista, sino a uno que sea instrumento de la ciudadanía. En un contexto así, se reacomodan los grupos: las élites, los empresarios y los movimientos sociales, identificando sus intereses de otra manera, redefiniendo sus derechos y oponiéndolos a otros, enfrentándose proyectos de nación o de ciudadanía que sólo implícitamente se manifiestan como expresiones de la lucha de clases.

⁹ Sobre ciudadanía y movimientos sociales, véase Smith y Durand (1995).

2. Una segunda característica es que el movimiento social es un proceso dinámico y no un hecho aislado. Touraine (1988:68 y 1994) define al movimiento social como la acción colectiva orientada culturalmente y conflictiva socialmente, de una clase social definida por su posición de dominación o dependencia en el modelo de apropiación y que busca el control de la historicidad, es decir, del ámbito social y cultural donde se mueve. El movimiento no es un dato, sino un proceso continuo y discontinuo, histórico y transformable.

Los casos del movimiento urbano y del movimiento de mujeres, muestran más nítidamente la validez de esta afirmación en el caso mexicano. Después del conflicto estudiantil de 1968 y hasta 1970, estas acciones se expresaron principalmente por revueltas de estudiantes en ciudades de provincia, surgieron pequeños grupos políticos de izquierda, las comunidades cristianas de base y los grupos de guerrilla urbana. Las mujeres empezaron a cuestionar su situación de género en la historia y en la sociedad, organizándose en reducidos grupos de clase media: periodistas, intelectuales, profesoras universitarias, estudiantes y activistas políticas. También escenificaron invasiones a terrenos urbanos en las principales ciudades del país, en Chihuahua en 1968 y luego en Monterrey, Durango, Hermosillo, Tijuana, Zacatecas, Oaxaca y la ciudad de México. A finales de los años setenta el número de organizaciones sociales aumentó considerablemente. Entre 1977 y 1982 se formaron los frentes nacionales con sectores sociales de trabajadores universitarios, maestros, feministas, obreros, campesinos, pobladores, jóvenes y activistas contra la represión.¹⁰

Lo anterior muestra que un movimiento de carácter nacional está constituido por un número significativo de luchas locales y aparentemente aisladas. La influencia de este proceso fue sustancial en la vida política del país, ya que aunado al crecimiento de la actividad popular ocurrió también un proceso de reorganización de los empresarios que comenzaron a externar sus inquietudes ante la situación de crisis económica y política de la época; al tiempo que el movimiento obrero oficial se enfrentó a posiciones tanto de la izquierda como de los empresarios,

¹⁰ En este periodo se formaron los siguientes sectores del movimiento social: Sindicato Único Nacional de Trabajadores Universitarios (SUNTU), Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación (CNTE), Frente Nacional para la Liberación de la Mujer (Fnalidem), Coordinadora Sindical Nacional (Cosina), Coordinadora Nacional Plan de Ayala (CNPA), Coordinadora Nacional del Movimiento Urbano Popular (Conamup), Frente Nacional contra la Represión (FNCR) y Consejo Popular Juvenil (CPJ), entre otros. Después se constituyeron el Frente Nacional por la Defensa del Salario, Contra la Austeridad y la Carestía (FNDESCAC) y el Comité Nacional por la Defensa del Empleo (CNDEP), con la combinación de aquellos organismos.

presionando así al gobierno para ampliar los derechos sociales de los trabajadores y obtener las prebendas de la burocracia sindical. La evidencia disponible muestra que los movimientos sociales no se desarrollan aisladamente, ni siquiera en una relación bipolar respecto al Estado, aunque fuera éste su principal interlocutor. Al contrario, las demandas como sector social tuvieron repercusiones sobre los derechos de otros u otros sectores, y fue así como se reflejó, en la confrontación entre grupos y el Estado, la naturaleza del conflicto de clase.

Después de los sismos de 1985, el MUP cobró una importante fuerza social y política cuando destacó la exigencia por democratizar la vida nacional. Es a partir de este hecho que conscientemente la sociedad se asume plural, y la demanda por democracia la unifica. Hay que hacer notar que de una acción espontánea de rescate de víctimas y en solidaridad con los damnificados, además del concurso de las organizaciones barriales para reconstruir una especie de ciudad dentro de la otra macrocefálica urbe, se derivó un movimiento ciudadano por la democracia en torno al cual se manifestaron importantes grupos de intelectuales, mujeres, estudiantes, sectores sociales y partidos políticos. Incluso el Partido Acción Nacional (PAN), que mejoraba electoralmente en los estados del norte de la República, radicalizó su participación con los llamados a la resistencia civil (Tamayo, 1996a).

Durante este periodo los movimientos sociales aclararon sus proyectos de ciudadanía, que en realidad fueron propuestas de nación; de redefinición de la función del Estado sobre la rectoría económica del país y de derechos sociales, civiles y políticos. Las propuestas se fueron decantando según el interés de los sectores sociales, de ahí que la lucha por la ciudadanía haya sido una muestra concreta de la naturaleza del conflicto de clase en ese momento: la burguesía y las élites económicas tenían claro desde 1975, cuando se formó el Consejo Coordinador Empresarial, que el proyecto de nación pasaba por la privatización, lo que implicaba reforzar, desde su perspectiva, la dimensión privada de ciudadanía, alejándose cada vez más del proyecto que tenían los asalariados y los pobladores pobres.

En 1988 estos proyectos se enfrentaron en la contienda electoral. La apuesta nacionalista y popular perdió frente a las urnas, lo que acabó con las expectativas de mucha gente sobre la posibilidad de un cambio de régimen. Pero el efecto social y la cultura política de México había echado raíces por primera vez en mucho tiempo. La población se organizó en opciones reales de gobierno. El movimiento popular había pasado de defender primordialmente derechos sociales de la población a demandar el derecho a gobernar, lo que sugiere que habrían adoptado una perspectiva más política.

Es evidente que cuando el grupo del ex presidente Carlos Salinas (1988-1994) ganó la hegemonía en la década de los noventa, el movimiento social en su conjunto se desarticuló, pero no desapareció. Los sindicatos fueron incapaces de constituir un frente sólido que encabezara otra opción al neoliberalismo creciente, como también lo fueron los cristianos, maestros, mujeres y colonos que en su momento habían escenificado importantes acciones colectivas, aunque ahora muchos se ofrecían como movimientos atomizados y desarticulados. Las formas anteriores de organización dejaron de ser llamativas, como las ideas de comunidad, autogestión y las formas de estructurar jerárquicamente la organización interna. No obstante, la población estaba más interesada en la política, en la forma de gobernar y en la participación electoral. El movimiento social, por lo tanto, no ha decrecido, simplemente se ha organizado de otra manera. Los ciudadanos son menos pasivos, aunque esta menor pasividad no se ha reflejado en un desarrollo organizativo ni en un generación de vínculos entre los distintos sectores del movimiento.¹¹

En 1994, la irrupción del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), las elecciones presidenciales, los asesinatos y secuestros políticos, así como la crisis financiera fueron el contexto en el cual se expresaron una diversidad de organizaciones ciudadanas: grupos de asistencia social, comités de vigilancia electoral, caravanas de apoyo a campesinos e indígenas, organizaciones sociales reivindicativas, convenciones nacionales, etc. Si estudios como el de Sergio Zermeno (1996) muestran que la sociedad presenta fuertes síntomas de anomia, existen importantes salvedades, como se espera mostrar en este trabajo, por lo que el problema analítico no es la falta de participación, sino la parcelación social sin lazos entre los fragmentos. Desde 1988 el movimiento social se atomizó pero aún está presente, organizado en pequeños grupos como en los primeros años de la década de los setenta; la diferencia es que hoy son más activos y críticos, aunque carezcan de un liderazgo que los unifique.

En efecto, habría que aceptar que se refleja una ausencia de liderazgo y de renovadas utopías, pero sería un error suponer que el movimiento social es el único protagonista que lo padece, los empresarios tampoco tienen líderes que los cohesionen y se fragmentan en múltiples posiciones divergentes de micro, pequeños, medianos y grandes capita-

¹¹ Parte de la explicación a esto obedece a la creación de un sistema de partidos políticos diferentes en el país, a partir de la reforma política de 1977 y a las alianzas generadas entre partidos y movimientos (Tamayo, 1997).

listas. El gobierno mismo no puede resolver la fragmentación que lo destroza y que padece a su interior. Testimonios diversos subrayan que ésta es una situación que no sólo es privativa de México, sino que la enfrentan muchas otras naciones. Obsérvese por ejemplo que el Instituto Internacional de Estudios Estratégicos con sede en Londres, un prestigioso organismo de investigación, concluye que el problema principal de gobernabilidad es la ausencia de liderazgos en el mundo y deplora la existencia de líderes débiles que están a la cabeza de gobiernos tambaleantes. Según este instituto el problema es delicado porque la situación internacional puede precipitarse en un caos. Sin embargo, si la ingobernabilidad es preocupante desde la perspectiva de las élites, desde la de los desposeídos esto se agudiza, pero no por la falta de un liderazgo institucional, sino por carecer de una alternativa unificadora desde abajo, es decir, de un liderazgo colectivo desde la perspectiva popular.

3. La tercera característica es la capacidad del movimiento urbano popular de generar relaciones y alianzas sociales y políticas. Entre otros, Claus Offe (1987), en su libro *Desafíos a las fronteras de la política institucional*, define a los *nuevos movimientos sociales* como aquellos con capacidad de desarrollar amplias alianzas con diversos sectores sociales y políticos: la clase media y otros grupos periféricos tales como estudiantes, amas de casa, jubilados, desempleados y jóvenes con empleos marginales. En cambio, la vieja izquierda sigue buscando reclutar a los obreros, aunque lo que encuentra es más bien el apoyo de algunos sectores de la nueva clase media. La derecha, por su parte, se respalda tanto en la tradicional como en la nueva clase media, y en trabajadores no sindicalizados.

El estudio de Offe analiza el caso particular de Alemania, sin embargo, es extraordinariamente ilustrativo por la similitud con la situación de México. En este último, durante las décadas de los años setenta y ochenta, el movimiento buscó desesperadamente una alianza con el movimiento obrero independiente, que se dio parcialmente con la formación del FNAP (Frente Nacional de Acción Popular) en 1976, con el FNDESCAC en 1982 y con la Coalición Nacional contra la Deuda Externa en 1987; incluso la participación de los trabajadores petroleros y de los maestros durante la campaña electoral de Cuauhtémoc Cárdenas en 1988, se convirtió en un referente importante del movimiento. No obstante, la alianza entre grupos periféricos y clases medias actualmente es una de las características. Esto se debe a dos fenómenos de tipo externo e interno. Por un lado, los cambios estructurales están determinando la constitución de las alianzas, en la medida que durante el periodo de sustitución de importaciones el Estado jugó un papel central en las inversiones

productivas y de servicios, fue creciendo una importante clase media vinculada al empleo del sector público, aunado al aumento constante de actividades del sector privado comercial y de servicios, por ello el peso específico de las clases medias se ha incrementado en el escenario político (Roberts, 1995). Por otro lado, las condiciones de la lucha modificaron la correlación de fuerzas entre las clases sociales, si anteriormente había sido la clase obrera o una parte de ella con la que los movimientos sociales se identificaban, principalmente en los acontecimientos de 1988, 1982 y 1976, ahora sucede que esta clase ha perdido su lugar como eje centralizador de las luchas sociales, en parte debido al control institucional que se ejerce sobre ella, sin la cual otro hubiera sido el desenlace. En esta perspectiva, es importante destacar que cuando la clase obrera ya no pudo sostenerse como sujeto fundamental de transformación, los movimientos sociales perdieron también, en parte, la direccionalidad de la lucha entendida como conflicto de clase, y en tal sentido no debe sorprender que comenzaran a operar con una orientación de tipo más ciudadano.

4. La última característica que describo es que el movimiento social urbano reacciona contra la intrusión del Estado en sus mundos de vida (Habermas, 1989; Touraine, 1988; Melucci, 1989; Offe, 1985). Habermas alude a la colonización interna como la intrusión del Estado (del sistema social) en todos los ámbitos de la vida cotidiana (*worldlife* o mundo de la vida). Por sistema se refiere a varias entidades: al “sistema de instituciones”, a la estructura y predominio del mercado y el poder; a la esfera de extrema racionalización (en términos de Weber), el ámbito donde se reproduce el Estado, las formas de la división del trabajo y las de legitimidad y regulación; son, en otras palabras, los aparatos del Estado en los que se generan las normas fundamentales para el mantenimiento del sistema.

La colonización interna es la intrusión de la racionalización extrema del sistema en el nivel de la práctica comunicativa cotidiana, y se convierte en la verdadera crisis del mundo de vida, porque racionalizarla es trasmutarla en patología. Con la colonización interna se busca la pacificación de los conflictos por medio del contrato social, por lo que la conciencia de la vida cotidiana se fragmenta. La extrema racionalización del mundo de vida desintegra sus componentes —sociedad, cultura y personalidad— y las perspectivas de la cultura. Ante este fenómeno resurgen los movimientos sociales para oponerse a la intrusión y controlar su espacio vital, se dinamizan en contra del Estado, y se convierten en resistencia a la colonización del mundo de vida.

Por su parte, Touraine define a los movimientos sociales como acciones que no buscan el poder del Estado, por el contrario, lo rechazan

totalmente, se oponen al control burocrático sobre la libertad individual. En la modernidad, el Estado se identifica con la razón instrumental, que controla el dinero, las decisiones y las informaciones, destruyendo la integridad del sujeto, con lo que queda establecido que en la era posmoderna el grado de dominio estatal sobre la sociedad depende del grado de modernización alcanzada por los países; en otras palabras, a menor influencia del Estado sobre la sociedad civil en una nación, mayor será su grado de desarrollo. Pero desde otro punto de vista la razón puede aliarse a los movimientos que se colocan contra el dominio de la burocracia, la lógica del poder, y la concentración de recursos y decisiones (Touraine, 1994).

Lo mismo consideran Melucci y Offe acerca de los nuevos movimientos sociales, que reconstituyen una sociedad civil independiente del sistemático control del Estado sobre la vida social. La característica de los nuevos movimientos sociales actuales es la búsqueda de su emancipación política. Su espacio de acción es la política no institucional, por eso los valores reivindicados son autonomía e identidad como oposición a la manipulación estatal. El objetivo terminal de los nuevos movimientos es reconstituir una sociedad civil independiente de la incesante intervención y control de la burocracia, es por ello un proceso que se orienta hacia la emancipación.

En México y en América Latina los movimientos sociales han modificado su actitud respecto al Estado, pero no han dejado de lado la posibilidad de constituirse en alternativa de gobierno. La teoría de la ciudadanía puede ayudarnos a entender los cambios en esta relación y sobre todo los cambios del gobierno en la interpretación y significación de los movimientos. Por ejemplo, el movimiento estudiantil de 1968 fue capaz de ofrecer, treinta años después, la posibilidad de reivindicar la expansión de una ciudadanía civil, básicamente porque las demandas de antaño, que fueron democracia, tolerancia y respeto, buscaban los valores de una sociedad democrática y un Estado tolerante que escuchara la opinión de la ciudadanía; al no encontrarlos, en ese entonces, los estudiantes definieron al gobierno de Díaz Ordaz como *un Estado despótico que mata estudiantes*, intolerante, irrespetuoso y autoritario. La respuesta inmediata al movimiento fue la represión y el resultado fue un aparente fracaso, pero a largo plazo para la sociedad mexicana, el movimiento tuvo un enorme impacto porque mostró la profunda antidemocracia y rigidez del régimen, abriendo después mayores espacios de participación (Tamayo, 1997).

Durante los sexenios de Luis Echeverría (1970-1976) y José López Portillo (1976-1982), la idea principal del movimiento opositor fue que hubiera una mayor intervención estatal con la cual se otorgaran mayo-

res beneficios sociales por medio de programas de nacionalización de las principales industrias básicas. Al movilizarse y reivindicar derechos colectivos propios de las condiciones de vida, los movimientos sociales de izquierda despertaron a la vida pública, insistieron en los derechos sociales más que cualquier otro, a pesar de que la lucha por los derechos humanos y por mayor participación, que se vinculan a los conceptos de ciudadanía civil y política, siempre estuvieron presentes.

Durante el gobierno de Miguel de la Madrid (1982-1988), el proyecto de ciudadanía del movimiento popular tuvo la posibilidad de convertirse en programa de gobierno, en parte por la reforma política y la concomitante creación de un sistema de partidos que competían electoralmente. Pasaron de una fase en que sólo defendían derechos sociales a otra donde demandaban el derecho de gobernar. La participación política se incrementó y los principales conflictos se dieron en las contiendas electorales, tanto en cabeceras municipales como en ciudades medias. De este modo, el movimiento social sí se planteó la toma del poder, y ante el proyecto neoliberal, se unificó en torno a un programa nacionalista revolucionario, pero desde la izquierda. Por lo demás, este proyecto político muestra que la raíces nacionalistas de los mexicanos son aún muy profundas.

Los cambios estructurales de la globalización impactan fuertemente los procesos internos y las identidades tradicionales, el debilitamiento del Estado y el desmoronamiento de los espacios públicos ceden al individualismo y al fortalecimiento de la vida privada. Los movimientos sociales, que se unificaban alrededor de atributos totalizadores o universales como el socialismo y la perspectiva de clase, han cambiado sus símbolos de cohesión. La reivindicación ha dejado de ser de ciudadanía social y se ha orientado hacia los derechos civiles y políticos, como en el caso del movimiento estudiantil de 1968. De tal suerte que la identidad del ciudadano, expresada en un cierto individualismo, se recrea al rechazar la intervención del Estado y al demandar el control de la sociedad civil sobre los aparatos estatales. Pero al mismo tiempo, esa defensa de los derechos humanos es una apuesta política de carácter universal que unifica a las poblaciones del mundo, y el derecho por la democracia, que se traduce en participación electoral, convierte al ciudadano en parte de una acción colectiva que busca el poder y cómo controlarlo.

En síntesis, el movimiento social urbano de principios de los años setenta rechazó al Estado y a su impunidad porque no correspondía con el proyecto de nación que el movimiento enarbolaba. Después exigió mayor intervención estatal pero bajo el control de la sociedad civil; su planteamiento no fue únicamente rechazar al Estado sino controlarlo, supeditarlo a las demandas de la sociedad.

Conclusiones

Se han observado algunas características del movimiento urbano popular y cómo se ha transformado a partir de la década de los setenta. En primer lugar, el cambio de considerarse parte del proletariado a constituirse como movimiento ciudadano. En segundo lugar, ha sido un movimiento dinámico, por lo que el estudio de la acción colectiva no debe entenderse como un hecho aislado, sino como un proceso cíclico y que reaparece de acuerdo a determinaciones de tipo estructural y a condiciones históricas y culturales. El movimiento social se transformó, en ese devenir, de estar constituido por movimientos locales a ser un movimiento de carácter nacional, para caracterizarse hoy por un número creciente de movimientos sectoriales, atomizados, pero con una mayor capacidad crítica. Los liderazgos cambiaron también dependiendo del ciclo de desarrollo del movimiento; los socialistas predominaron en la primera mitad de los setenta, los nacionalistas revolucionarios durante 1976, la corriente socialista nuevamente se hizo presente a principios de los ochenta y hasta 1987, después los nacionalistas encabezaron el movimiento durante las elecciones de 1988. Actualmente, estas ideologías han entrado en una profunda crisis: las utopías nacionalistas y socialistas han perdido credibilidad. No existe un liderazgo político ni ideológico que pueda unificar los fragmentos sociales descontentos, aunque en la combinación y restructuración de ambas líneas políticas pueden comenzar a surtir efectos favorables en una ciudadanía necesitada de cambios democráticos.

La tercera explicación es que las alianzas políticas no son las mismas, porque la importancia e influencia de los sectores participantes han cambiado. El papel protagónico del movimiento obrero ha decrecido y en su lugar aparece una renovada y pujante clase media. Antes existía no sólo disposición sino angustia de amplios sectores del movimiento social por vincularse con la clase obrera, hoy se tolera y se busca la participación de la clase media en estos movimientos y en la constitución de alianzas políticas.

Finalmente, la interpretación del Estado ha cambiado. El liberalismo y el socialismo coinciden en que éste debe desaparecer para dejar paso a una sociedad moderna liberada de las ataduras de la burocracia, pero el liberalismo plantea la reducción del Estado para acrecentar el poder del individuo y de la economía de mercado, mientras que el socialismo busca la paulatina desaparición del Estado al conquistarse una sociedad igualitaria sin clases sociales. En esta semejanza de objetivos pero con distintos fundamentos, el movimiento, desde los setenta, cambió no sólo la interpretación que tenía del Estado sino también su relación con él:

mientras en aquella década lo rechazaba plenamente, en la actualidad reivindica el control ciudadano de las acciones de gobierno y puede concertar prácticas y políticas públicas con las autoridades.

Así, el movimiento pasó de ser acción colectiva producto de determinaciones estructurales, a acción social y cultural que busca conducir la historicidad, es decir, se convirtió en sujeto. En los setenta este sujeto se identificó con la clase obrera, en los noventa es ciudadano, pero no debe entenderse como un alejamiento de la solidaridad y la colectividad, porque ciudadanía, en tanto forma de identidad, se relaciona con grupos sociales específicos con demandas ciudadanas específicas, que se reagrupan para defenderse del impacto que genera el ejercicio de derechos ya establecidos de otros sectores, o para exigir la expansión de una ciudadanía que se sustenta en intereses de grupo o de clase.

Así, la práctica de la ciudadanía se revalora por procesos de identidad colectiva, se reconstituye en la lucha de clases y puede convertirse en utopía.

Recibido en septiembre de 1997
Revisado en junio de 1998

Correspondencia: Área del Espacio Urbano/Pilares 608-6/Col. del Valle/C. P. 03100/México, D. F./tel. y fax 605 8705/e-mail stf@hp9000a1.uam.mx

Bibliografía

- Alberoni, F. (1984), *Movement and Institution*, Nueva York, Columbia University Press.
- Alonso, J. (ed.) (1988), *Los movimientos sociales en el Valle de México*, vol. II, México, La Casa Chata.
- ____ (ed.) (1986), *Los movimientos sociales en el Valle de México*, vol. I, México, La Casa Chata.
- ____ (1980), *Lucha urbana y acumulación de capital*, México, La Casa Chata.
- Barbalet, J. M. (1988), *Citizenship: Rights, struggle and class inequality*, Minneapolis, University of Minnesota Press.
- Castells, M. (1978), *La cuestión urbana*, México, Siglo XXI.
- Conamup (1983a), "Acuerdos y resoluciones del primero, segundo y tercer encuentros nacionales", México, Conamup.
- ____ (1983b), "Resoluciones de la primera reunión inquilinaria del valle de México", *Testimonios*, año 1, núm. 1, mayo, pp. 146-148.

- (1983c), *Principios y estatutos*, México, Conamup (folleto).
- (1983d), *Conclusiones del primer encuentro de mujeres del movimiento urbano popular*, México, Conamup (folleto).
- (s. f.), *Mujer + Lucha* = Conamup, México, Equipo Pueblo.
- Curtis, R. y B. Aguirre (eds.) (1993), *Collective behavior and social movements*, Boston, Allyn and Bacon.
- Durand, V. M. (1992), "Sujetos sociales y nuevas identidades", en Enrique de la Garza Toledo (coord.), *Crisis y sujetos sociales en México*, vol. 2, México, CIH/UNAM-Miguel Ángel Porrúa.
- Freud, S. (s. f.), "Thoughts for the times on war and death: our attitude toward death", en Wilcox & S. (eds.), *Understanding death and dying* (fotocopia).
- Katznelson, I. (1986), "Working-Class formation: constructing cases and comparisons", en I. Katznelson y Zolberg, *Working-class formation*, Princeton, Princeton University Press.
- Le Bon, G. (1977), *The crowd*, Hermondsworth, Penguin.
- Lojkin, J. (1979), *El marxismo, el Estado y la cuestión urbana*, México, Siglo XXI.
- (1977), "Big firm's strategies, urban policy and urban social movements", en M. Harloe (ed.), *Captive cities, studies in the political economy of cities and regions*, Londres, John Wiley & Sons.
- Mann, M. (1987), "Ruling class strategies and citizenship", *Sociology*, vol. 12, núm. 3, pp. 339-354.
- McAdam, D., J. McCarthy y M. Zald (1988), "Social movements", en N. Smelser, *Handbook of Sociology*, Newsbury Park, Calif., Sage Publications.
- Melucci, A. (1989), *Nomads of the Present, social movements and individual needs in contemporary society*, Philadelphia, Temple University Press.
- Moctezuma, P. (1983), "Breve semblanza del movimiento urbano popular y la Conamup", *Testimonios*, año 1, núm. 1, mayo, pp. 5-15.
- y B. Navarro (1980), "Clase obrera, ejército industrial de reserva y movimientos sociales urbanos de las clases dominadas en México, 1970-1976", *Teoría y Política*, núm. 2, octubre-diciembre, pp. 53-72.
- Offe, C. (1985), "New social movements: challenging the boundaries of institutional politics", *Social Research*, vol. 52, núm. 4, pp. 817-868.
- Pradilla, E. (1984), *Contribución a la crítica de la "teoría urbana"*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco.
- Przeworski, A. (1985), "Proletariat into a class: The process of class formation", en A. Przeworski (1985), *Capitalisms and Social Democracy*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Ramírez Sáiz, J. M. (1996), "Las teorías sociológicas y la acción colectiva", *Ciudades*, núm. 29, enero-marzo, pp. 28-40.
- (1995), *Los movimientos sociales y la política, el Comité Popular del Sur en Guadalajara*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara.
- Roberts, B. (1995), *The making of citizens*, Londres, Arnold.
- Smelser, N. J. (1995), *Teoría del comportamiento colectivo*, México, Fondo de Cultura Económica.

- Smith, M. y V. Durand (1995), "Actores y movimientos sociales urbanos y acceso a la ciudadanía", *Ciudades*, núm. 25, enero-marzo, pp. 3-12.
- Snow, D. *et al.* (1986), "Frame Alignment Processes, micromobilization and movement participation", *American Sociological Review*, vol. 51, agosto, pp. 464-481.
- Stewart, Ch., C. Smith y R. Denton (1989), *Persuasion and social movements*, Prospect Heights, Illinois, Waveland Press.
- Tamayo, S. (1997), "El movimiento ciudadano, un proceso", *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 59, núm. 4, octubre-diciembre, pp. 155-185.
- ____ (1996a), *Violencia y no violencia en los movimientos sociales*, México, UAM-Azcapotzalco.
- ____ (1996b), "La teoría de la ciudadanía en los estudios urbanos: Estado y sociedad civil, derechos ciudadanos y movimientos sociales", *Anuario de Estudios Urbanos*, núm. 3, pp. 181-212.
- ____ (1995), "Movimientos sociales modernos, revueltas o movimientos antisistémicos", *Revista Sociológica*, año 10, núm. 28, mayo-agosto.
- ____ (1989), *Vida digna en las ciudades. El movimiento urbano popular en México, 1980-1985*, México, Gernika-Universidad Autónoma Metropolitana.
- Tarde, G. (1969), T. Clark (ed.), *Gabriel Tarde*, Chicago.
- ____ (1962), *The laws of imitation*, Gloucester, Ma.
- Tilly, Ch. (1995), "Los movimientos sociales como agrupaciones históricamente específicos de actuaciones políticas", *Sociológica*, vol. 19, núm. 28, mayo-agosto.
- ____ (1981), *As sociology meets history*, Nueva York, Academic Press.
- Topalov, Ch. (1979), *La urbanización capitalista*, México, Edicol.
- Touraine, A. (1994), *Crítica de la Modernidad*, México, FCE.
- ____ (1988), *Return of the actor: social theory in postindustrial society*, Minneapolis, University of Minnesota Press.
- Turner, B. (1990), "Outline of a theory of citizenship", *Sociology*, vol. 24, núm. 2, pp. 189-217.
- Turner, R. y Killian, L. (1987), *Collective Behavior*, Englewood Cliffs, Nueva Jersey, Prentice-Hall.
- Van Gunsteren, H. (1978), "Notes on a Theory of Citizenship", en P. Birnbaum, J. Lively y G. Parry (eds.), *Democracy, Consensus and Social Contract*, Londres, Sage Publications.
- Zald, M. y J. McCarthy (eds.) (1987), *Social Movements in an Organization Society*, New Brunswick, Transaction Books.
- Zermeno, Sergio (1996), *La sociedad derrotada, el desorden mexicano del fin de siglo*, México, UNAM-Siglo XXI.